

La “huelga grande” de 1896 en los orígenes del movimiento obrero de Buenos Aires.

Lucas Poy.

Cita:

Lucas Poy (2011). *La “huelga grande” de 1896 en los orígenes del movimiento obrero de Buenos Aires. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/243>

La “huelga grande” de 1896 en los orígenes del movimiento obrero de Buenos Aires

Lucas Poy

Universidad de Buenos Aires, Instituto Gino Germani / CONICET

lucaspoy@gmail.com

Resumen:

En la primavera de 2010 una patota sindical asesinó, en el barrio de Barracas, a Mariano Ferreyra, militante del Partido Obrero que participaba en una movilización de trabajadores ferroviarios que reclamaban por sus derechos laborales. Más de un siglo antes, en la primavera de 1896, surgía en ese mismo barrio, y también a partir de los trabajadores de los talleres ferroviarios, una huelga de enormes proporciones que tuvo una repercusión inmediata entre los trabajadores de la ciudad y provocó una generalización de conflictos huelguísticos en múltiples gremios. Sin ser nunca declarada como tal, la “huelga grande”, como la definieron los medios de prensa de la ciudad, se transformó durante algunos días en una virtual huelga general y como tal jugó un papel destacado en el proceso de conformación de la clase obrera local. En este trabajo analizamos este episodio que, a pesar de su importancia en los orígenes de la clase obrera argentina, ha sido aún escasamente estudiado por la historiografía. Además de una crónica de la huelga, procuramos ofrecer un análisis de la intervención de las corrientes políticas activas en el movimiento obrero de la época: la huelga grande es de gran interés, en particular, para un análisis de los orígenes del Partido Socialista, en tanto fueron los militantes socialistas de origen obrero del barrio de Barracas quienes jugaron un papel destacado en todo el conflicto.

Palabras clave:

Huelga Socialismo Anarquismo Clase obrera Movimiento obrero

Presentación

A mediados de la década de 1890, la ciudad de Buenos Aires ofrecía el cuadro de una urbe en pleno crecimiento donde se mezclaban casi medio millón de habitantes repartidos prácticamente por igual entre nativos y extranjeros. La inmigración crecía año tras año y había alcanzado, en el trienio que precedió a la crisis de 1890, uno de los puntos más altos de la historia; luego de una reducción significativa en los años de recesión y desempleo que siguieron al colapso económico de comienzos de la década, había vuelto a recuperar un ritmo ascendente que llegaría a nuevos récords en los primeros años del siglo siguiente (Alsina, 1895: 128). Los recién llegados, mayoritariamente italianos y en segundo término españoles, aunque también de otras naciones de una Europa atravesada por la crisis, encontraban a poco de llegar que la Argentina se parecía poco al país promisorio que le habían asegurado los agentes de inmigración. Privados del acceso a la tierra por el predominio del latifundio, esos inmigrantes buscaban su sustento cotidiano en la gran ciudad: aquellos que contaban con un oficio podían, en el mejor de los casos, obtener un pequeño capital y ejercer la propia profesión de manera independiente; la mayoría debía resignarse, sin embargo, a emplearse en un abigarrado conjunto de talleres y fábricas de distinta envergadura, dedicados fundamentalmente a la

producción y la reparación de bienes de consumo o la provisión de diversos servicios requeridos por una población siempre en aumento.

Las experiencias de estos trabajadores eran heterogéneas: los más calificados podían aprovechar su control del proceso de trabajo para imponer mejores condiciones a los patrones, pero debían enfrentar constantes avances de los patrones, con reglamentaciones, salario a destajo, multas y un creciente disciplinamiento en los talleres. Menos suerte, en cualquier caso, tenían los que, careciendo del conocimiento de un oficio mejor remunerado, debían trabajar en un amplio espectro de establecimientos comerciales y en distintos núcleos de empleo de mano de obra temporaria, fundamentalmente concentrados en la industria de la construcción y en el puerto. Algunas grandes fábricas eran importantes empleadoras de personal con escasa calificación, en muchos casos femenino: alpargaterías, cigarrerías, fábricas de bolsos, fábricas de fósforos: se vivía allí la experiencia del “operario” no calificado, típico de la era fabril. Para otros miles de recién llegados sin especialización, la única salida era buscarse la vida como “jornaleros” o peones en distintos empleos ocasionales. En general irían al campo en las épocas de cosecha y volverían a la ciudad el resto del año, a tratar de conseguir un empleo como changadores, estibadores en el puerto, peones en las barracas de la ribera o en los hornos de ladrillos, ayudantes en la industria de la construcción en los momentos de auge inmobiliario, etc. Miles de mujeres, niños y niñas eran parte fundamental de este mundo obrero, concentrados en algunas industrias que demandaban particularmente esa mano de obra y en el trabajo a domicilio.¹

A pesar de la segmentación provocada por la división entre calificados y no calificados y por la estructura corporativa-artesanal de algunos gremios, existían fluidos vínculos entre todos estos grupos de trabajadores. Numerosos estudios han señalado que una de las características más destacadas del mercado de trabajo de entonces era una permanente inestabilidad laboral: la permanencia en un empleo estaba sujeta a bruscas oscilaciones debidas a la coyuntura económica, y en tiempos de crisis las divisiones entre unos y otros oficios se desdibujaban; ante la menor dificultad, un ebanista podía verse obligado a trabajar de carpintero, un yesero de albañil y aquellos que no tenían profesión (jornaleros, peones, estibadores, lavanderas, etc) tenían que “rebajarse” al nivel de la marginalidad (Gutiérrez, 1981). Una de nuestras hipótesis es que esta permanente inestabilidad actuaba, a su modo, como un factor de vinculación de los trabajadores de distintas profesiones, que contrarrestaba las tendencias a la segmentación características de la estructura de oficios. La industria de la construcción, uno de los principales focos de empleo de mano de obra en el período, actuaba en este contexto como un gran vinculador de gremios diferentes —albañiles, yeseros, carpinteros, herreros, marmoleros y otros— y de peonada en general, en particular en los momentos de conflicto (ver Poy, 2011). Algo similar sucedía, de todos modos, también con gremios más calificados, como veremos en este trabajo: los “mecánicos y anexos” estaban relacionados con casas que trabajaban para la construcción y también, a través de su especialidad, con los obreros empleados en los grandes talleres del ferrocarril, los cuales, a su vez, tenían vínculos con los demás empleados del transporte. En una ciudad que luego de la epidemia de fiebre amarilla había profundizado una división espacial en términos clasistas, por otra parte, los barrios obreros del sur eran también un ámbito donde se forjaban los lazos de solidaridad entre los trabajadores: en las escasas horas libres que les dejaban las jornadas laborales de más de diez horas, todos ellos se apiñaban en las miserables viviendas obreras, donde se procesaba también la experiencia de una constante explotación y miseria.

En suma, el desarrollo de una industrialización incipiente, en el marco de la expansión demográfica acicateada por la inmigración masiva, fue dando forma a una Buenos Aires obrera que, hacia las últimas décadas del siglo XIX, tenía poco en común con la ciudad de los burgueses, profesionales y políticos. En ella se procesaban, a espaldas de las miradas y la atención de la clase dominante, las experiencias de miles y miles de inmigrantes y trabajadores nativos que sufrían cotidianamente la explotación y la opresión en las fábricas y talleres, en el puerto, en las obras en construcción, en los conventillos, en los barrios obreros. Esa situación de explotación y marginación era un caldo de cultivo para el desarrollo de una experiencia y una acción colectiva de los trabajadores de Buenos Aires no sólo por la gravedad de las penosas condiciones de la vida material sino también por el contraste brutal que implicaban con las expectativas que esos trabajadores tenían de las posibilidades de superar las condiciones de existencia que llevaban en Europa. Esa experiencia compartida daría forma al reforzamiento de una identidad de clase a partir de un proceso de agitación huelguística que, luego de un primer estallido a fines de la década de 1880, iría profundizándose a lo largo de sucesivos ciclos en los años posteriores.

En este trabajo analizaremos uno de los hitos más importantes de ese proceso: la llamada “huelga monstruo” o “huelga grande” del invierno y la primavera de 1896. Sin ser nunca declarada como tal, esta huelga se transformó durante algunos días en una virtual huelga general de la ciudad de Buenos Aires y como tal jugó un papel destacado en el proceso de conformación de la clase obrera local. En tanto se trata de una primera aproximación a un tema que permanece aún escasamente explorado en la historiografía, en esta ponencia avanzamos en un periodización de los principales acontecimientos de la huelga, con el objeto de precisar las fuerzas que intervinieron y el proceso de ascenso y reflujos que se desarrolló en un lapso de dos a tres meses, para concluir planteando una serie de conclusiones provisionales que incluyen también señalamientos sobre futuras líneas de investigación. Dados los límites de espacio, el análisis se limitará a desarrollar la dinámica fundamental que adoptó la huelga en la ciudad de Buenos Aires y no hará sino esbozar algunas hipótesis sobre la relación entre la misma y las corrientes políticas que intervenían en el movimiento obrero. En próximos trabajos y en uno de los capítulos de nuestra tesis doctoral desarrollaremos en profundidad tanto los alcances de la huelga en el interior del país —fundamentalmente en Rosario— como el decisivo problema del modo en que abordó y caracterizó el Partido Socialista este enorme conflicto obrero.

La primera chispa: la huelga de los tipógrafos

Durante el invierno de 1896 tuvo lugar una importante huelga entre los trabajadores de las artes gráficas, que constituyó la antesala de la gran agitación huelguística de los meses posteriores. Los obreros de las imprentas y tipografías de Buenos Aires constituían uno de los más importantes gremios de la ciudad y habían protagonizado algunas de las más tempranas experiencias de organización y agitación huelguística en las décadas previas: en el período de mayor despliegue de las luchas obreras que tuvo lugar a partir de 1888, sin embargo, los gráficos no habían tenido un protagonismo destacado, divididos internamente por el fuerte predominio de una orientación mutualista en la Sociedad Tipográfica Bonaerense. Hacia mediados de 1896, sin embargo, se estaba procesando un reanimamiento en las filas de los trabajadores de las artes gráficas. “Por cuarta vez”, decía el periódico socialista a mediados de junio, “este gremio intenta organizarse; verdad es que nunca lo han hecho en la forma de ahora, pues que en 1886, 1887 y 1889, se

pensó en asociación puramente de socorros, ahora se trata de que sea puramente de resistencia” (LV, 20/6/1896).

Uno de los factores impulsores del nuevo activismo —que por otra parte refuerza la hipótesis de la existencia de vínculos fluidos entre trabajadores de distintos oficios en la Buenos Aires de entonces— había sido una huelga llevada adelante por los trabajadores hojalateros, en tanto en la gran fábrica envasadora de Molet trabajaban también un grupo de litógrafos encargados de la elaboración de los diseños gráficos utilizados por los envases de conservas. La animación entre los trabajadores gráficos se extendió luego a los tipógrafos de la Fábrica Nacional de Fósforos, que “nombraron una comisión especial, encargada de apersonarse a la gerencia de dicha empresa a fin de solicitar la implantación de la jornada de 8 horas—pedido que fue en el acto concedido”. El impacto más trascendente de la agitación entre los trabajadores gráficos, de todas formas, fue la declaración de una huelga en los talleres del diario *La Prensa*, que abandonaron el trabajo el miércoles 17 de junio reclamando un aumento salarial y jornada de ocho horas para los trabajadores diurnos, jornada reducida de seis para los del turno noche, pago extra para las horas extraordinarias y rechazo a las intervenciones disciplinarias del administrador en el taller (LV, 20/6/1896).

Aunque la semana siguiente el cronista de *La Vanguardia* reconocía que la huelga de *La Prensa* “ha sido, según parece, como una intentona fracasada”, en tanto varios trabajadores habían desoído el llamado a la huelga y continuado en sus tareas, era evidente que seguía procesándose una reactivación del activismo: en el diario *La Nación*, por ejemplo, habían obtenido una serie de mejoras ante la amenaza de declarar una huelga, mientras que los trabajadores de Galli y de Peuser, dos de las principales casas del ramo, se habían reunido en asamblea en el club Vorwärts para “ponerse de acuerdo para reclamar mejoras”. El domingo 28 de junio se realizó una asamblea de obreros de las artes gráficas en el local del Orfeón Gallego, donde se unificó un pliego de reclamos a los patrones que incluía la jornada de 8 horas, la “supresión del trabajo extraordinario” y un aumento salarial (LV, 4/7/1896).

La agitación obrera provocó, en las semanas siguientes, un realineamiento al interior de las filas de los trabajadores gráficos, con la conformación de una nueva asociación, que se definía como sociedad de resistencia y contaba con fuerte influencia de militantes socialistas.² En la reunión del 8 de julio, la nueva sociedad acordó enviar una circular a los dueños de imprentas, solicitando la jornada de 8 horas y la supresión del trabajo a destajo: luego de recibir, el día 23, una respuesta de los principales empresarios donde no se confirmaba ninguna fecha para dar una satisfacción al reclamo, la “Unión Artes Gráficas” resolvió declarar una huelga a partir del 24 de julio “y persistir en esa actitud hasta tanto los patrones no firmasen la circular” (LV, 1/8/1896). En pocos días la huelga alcanzó una gran extensión y se generalizó a las principales casas de la rama: *La Prensa* señalaba en una editorial, en los primeros días de agosto, que “la nota más alta en el actual movimiento obrero-socialista la está dando el gremio de las artes gráficas en general” (LP, 2/8/1896). Frente a la fuerza del movimiento huelguístico y la resistencia presentada por las principales imprentas, se dio en los hechos una recomposición de las relaciones entre la “Unión Artes Gráficas” y la sociedad “Fomento Tipográfico”, que hicieron causa común en las asambleas a partir de comienzos del mes de agosto.

El 6 de agosto, el diario *El Tiempo* —reivindicado por los huelguistas como uno de los pocos que se habían colocado del lado de los obreros, y en el cual era cronista habitual el

socialista Adrián Patroni— destacaba que la huelga progresaba de día en día y que ya habían firmado la aceptación de las demandas un total de 25 establecimientos gráficos; al día siguiente la cifra se había elevado a 31. Los huelguistas gráficos recibían en sus asambleas la solidaridad activa de otros gremios, que hacían aportes al fondo de huelga, y la comisión de la huelga resolvió que los obreros “que ya trabajan las 8 horas deben destinar una parte del salario en pro de la causa que hoy agita a ese gremio” (*ET*, 6 y 7/8/1896). Hacia la segunda semana del mes de agosto, no obstante, algunas crónicas hablaban de una disminución en la convocatoria de las asambleas, que parecían “menos numerosas que otras veces”, lo cual demostraba probablemente las dificultades para imponer las reivindicaciones en las empresas más importantes y capaces de resistir a los obreros. Dos meses más tarde, un artículo publicado en *La Vanguardia* discutía con “algunos pesimistas que sostienen que nuestra huelga ha tenido un fin desastroso” y planteaba que se habían logrado ciertos avances si bien “no lo hemos conseguido todo” (*LV*, 10/10/1896). Hacia mediados de agosto, el conflicto de los tipógrafos, en cualquier caso, había prácticamente desaparecido del lugar destacado que le dedicaban hasta entonces casi todos los periódicos, debido a la irrupción masiva de los trabajadores ferrocarrileros y otros contingentes obreros en el inicio de la “huelga grande”.

Comienza la “huelga monstruo”: los talleres ferrocarrileros en pie de lucha

Los talleres de las distintas empresas ferroviarias eran las principales concentraciones obreras de la época: centenares de obreros mecánicos, herreros, carpinteros, técnicos y peones sin calificación desarrollaban allí una experiencia conjunta en el lugar de trabajo que les permitía fomentar sus vínculos de unión y solidaridad más allá de las diferencias corporativas. En los años previos estos talleres —particularmente el que el Ferrocarril del Sud tenía en la estación Sola, en el barrio de Barracas— habían sido el núcleo de fuertes procesos de agitación obrera, que en muchos casos se habían generalizado, como volvería a suceder en 1896, a la población obrera de los alrededores y a trabajadores de oficios similares que trabajaban en talleres particulares en otros puntos de la ciudad: la huelga de 1896 se desarrolló sobre la base de estas experiencias previas, durante las cuales los trabajadores habían articulado demandas comunes en torno a aumentos salariales y otras reivindicaciones laborales (ver Poy, 2010a y 2010b).³

El punto de partida del conflicto tuvo lugar el sábado 8 de agosto, cuando una comisión obrera de los talleres de Tolosa presentó ante la gerencia del Ferrocarril del Oeste los puntos fundamentales del reclamo de los trabajadores: la jornada de ocho horas, la abolición del trabajo a destajo, el pago doble en las horas extraordinarias y la supresión del trabajo los días domingo. Los delegados que se presentaron a la patronal, Manresa Herrero y Echevarría, eran los principales dirigentes de la “Sociedad de Mejoramiento de los obreros de Tolosa”, una agrupación que nucleaba al activismo de los talleres de esa localidad, contaba con un local desde hacía varios años, y estaba estrechamente ligada al Partido Socialista.⁴ El gerente de los talleres rechazó el reclamo obrero y señaló que no contestaría peticiones hechas por dicha sociedad “cuya personería le desconocía para inmiscuirse en esos asuntos”. Tal como reconocía la crónica de *La Prensa*, de todas formas, el rechazo patronal no se fundaba en un problema de legitimidad de la delegación obrera sino en la decisión de no ceder ante los reclamos de los trabajadores: según el matutino porteño, la empresa

...cree que el salario que perciben actualmente los obreros mencionados les compensa las 58 horas de labor semanales. La empresa está resuelta a tener cerrados sus talleres por

espacio de algún tiempo, lo que —nos han asegurado— no les causará perjuicio alguno (*LP*, 10/8/1896).

Luego de recibida la negativa patronal, los obreros se reunieron el domingo 9 en el local de la “Sociedad de mejoramiento”, ubicada en la calle 1 entre 35 y 36, y resolvieron declararse en huelga a partir del día siguiente. El lunes 10 de agosto,

...apenas dieron las nueve, el repique de la campana era el consabido santo y seña— todos absolutamente todos que eran en su totalidad unos 740, en medio de un silencio sepulcral, atravesaron por entre los vigilantes y se dirigieron en corporación al local social, calle 1 entre 35 y 36; y allí, al aire libre, celebraron una entusiasta reunión (*LV*, 15/8/1896).

Si bien la huelga era un hecho y abarcaba a la totalidad del personal de los talleres de Tolosa, para los trabajadores resultaba indispensable asegurar la extensión del movimiento a los demás talleres ferrocarrileros ubicados en la ciudad de Buenos Aires y en el resto del país: aunque pertenecían a distintas empresas, sólo una acción conjunta podía evitar que se derivaran reparaciones a otros talleres o que se enviaran obreros a romper la huelga. El mismo día en que abandonaron el trabajo, los huelguistas de Tolosa designaron una comisión “para que se dirija a los talleres que existen en el Rosario y en Santa Fe”, otra “para los talleres de Sola y otra para el Caballito”, donde al atardecer se declararon en huelga los ajustadores del taller del Ferrocarril Oeste (*LN*, 11/8/1896). Al día siguiente, al mediodía, en el horario de salida de los trabajadores, se repartieron manifiestos en los talleres de Sola y en los de la estación Brown, convocando a hacer causa común con los huelguistas de Tolosa y a una asamblea general para esa misma noche.

El local donde se realizó la reunión, ubicado en la calle Australia 1135, muy cerca de los talleres de Sola, era la sede del Centro Socialista Revolucionario de Barracas al Norte, la agrupación barrial del recién fundado Partido Socialista, y al mismo tiempo estaba adyacente a la vivienda de los Cardalda, una familia española cuyos integrantes eran referentes socialistas en la zona (ver Tarcus, dir., 2007: 113-114). La asamblea del martes por la noche, que según las crónicas reunió a casi un millar de trabajadores, fue abierta por Adrián Patroni, quien informó de la situación de la huelga en Tolosa y anunció que se habían recibido telegramas del Rosario informando que también allí irían a la huelga. Luego intervinieron trabajadores de los talleres de Caballito para informar que habían resuelto declararse en huelga desde el día anterior, con reclamos similares a los de sus compañeros de Tolosa. En un clima de entusiasmo general, los trabajadores del taller de Sola resolvieron nombrar una comisión para presentar el mismo reclamo a los gerentes de la empresa al día siguiente: ante la negativa de la empresa a ceder a lo exigido, el miércoles 12 a las 10 de la mañana los más de 800 operarios de los talleres de Barracas abandonaron sus puestos.⁵ En apenas 48 horas, la huelga de los talleres ferrocarrileros se había generalizado: era el comienzo de la “huelga monstruo”.

En los días siguientes, el conflicto comenzó a extenderse como un reguero de pólvora a distintos talleres y oficios de la ciudad. Los primeros en sumarse fueron, al igual que había sucedido en otras grandes huelgas de los talleres de Sola, los establecimientos mecánicos de las inmediaciones, muchos de los cuales realizaban tareas similares a las desarrolladas en los talleres ferrocarrileros. En la misma tarde del miércoles 12 se declararon en huelga los más de 100 operarios de los talleres Bash, “donde se hacen con frecuencia trabajos para las empresas ferrocarrileras”, planteando reclamos similares a los de los obreros de Sola y Tolosa. Al día siguiente se declararon en huelga los 200

operarios del importante taller metalúrgico de Schwarz en Casa Amarilla. Poco después la agitación se extendió a los principales talleres mecánicos de la ciudad: viuda de Félix Shaw, Guerra Carolini, La Platense, Merlo, Vasena, Giabelli y otros. En las reuniones y asambleas diarias que celebraban los huelguistas “se distribuían manifiestos entre los concurrentes, encargándoles hacer propaganda entre los demás talleres que hasta ahora se muestran indecisos” (LP, 14/8/1896).

Existían fuertes lazos entre los trabajadores de los talleres ferrocarrileros y los de establecimientos particulares, basados no sólo en la similitud de las tareas que realizaban sino también en una experiencia de lucha conjunta realizada en años previos: se trataba por otra parte de núcleos obreros donde tenían una influencia importante los militantes socialistas, que dirigían la sociedad de resistencia de trabajadores mecánicos desde su fundación, algunos años antes. Las crónicas informaban que “todos se convocan en el local de la calle Australia, al lado de la plaza Herrera”, que se había convertido en una suerte de cuartel general de las comisiones de huelga de ferrocarrileros y mecánicos, en el corazón de un barrio conmocionado por la paralización del trabajo en los principales establecimientos: según el diario *La Prensa*

Este barrio fabril, donde el tráfico de carros es continuo desde la madrugada hasta la noche, donde era muy raro encontrar transeúntes sino en la hora que los obreros y las obreras iban al taller o cuando se retiraban a sus casas, ayer parecía haberse convertido en una romería, tanta era la gente que recorría sus calles (LP, 15/8/896).

En términos similares se pronunciaba el cronista de *La Nación*, que vinculaba el conflicto en curso con la experiencia desarrollada por los mismos trabajadores en años anteriores pero ponía de relieve el salto cualitativo que representaba el nuevo movimiento:

La huelga que el año 1891 hicieron los trabajadores de Sola durante 54 días (...) a pesar de haber sido de alguna importancia comparada con la de ahora, queda limitada a un insignificante movimiento, pues en ésta no sólo se trata de los obreros de ferrocarriles sino que va pasando a establecimientos de mucha significación (...) El foco de la huelga está en Barracas al Norte, pues es allí donde las principales fábricas ya han apagado sus fuegos por no tener un solo hombre que les trabaje (LN, 21/8/1896).

El apogeo de la huelga: decenas de gremios en conflicto

Hacia mediados del mes de agosto, la huelga monstruo se había generalizado a los principales talleres ferrocarrileros del país (Tolosa, Sola, Caballito, Brown, Campana, Junín, Rosario), pero también a los de varias compañías de tramways y a los establecimientos mecánicos y metalúrgicos particulares de la ciudad de Buenos Aires. Según las informaciones periodísticas, “las comisiones de propaganda iban y venían, dando cuenta cada vez de que aumentaban sus partidarios, pues no había taller de fundición o mecánico que no diera su contingente a la huelga” (LP, 15/8/1896). Con el correr de los días, de todas formas, la agitación no se limitó a los trabajadores calificados de los oficios técnicos y mecánicos y se extendió a otros gremios, poniendo de manifiesto un particular “efecto contagio” que había sido muy común en estallidos huelguísticos previos en la ciudad (ver Poy, 2010a).

El miércoles 12, a primera hora de la mañana, “los operarios que trabajaban en la fábrica de productos químicos de la compañía de gas La Primitiva, establecida en la calle de Acevedo y San Salvador, se declararon en huelga” (LV, 22/8/1896). Lo mismo hicieron,

algunos días más tarde, los trabajadores de la usina de gas La Nueva y los del “Gas Argentino”, así como los mecánicos de los talleres del establecimiento de aguas corrientes (LP, 22/8/1896). Ante la posibilidad de que se cortase el suministro de agua y el alumbrado de la ciudad, el gobierno dispuso el envío de personal de la escuadra a los talleres de agua corriente y de destacamentos de bomberos a intentar poner en marcha las usinas de gas. En la usina de La Nueva se había montado prácticamente un campamento donde permanecían día y noche los bomberos y los pocos peones que habían aceptado continuar el trabajo:

A los trabajadores se les paga el doble de lo que ganaban antes, es decir 7 pesos por cada diez horas de trabajo, manutención y posada, pues la mayor parte no se atreve a regresar a sus casas, temerosa de los reproches que pueden hacerles sus compañeros hoy huelguistas (LP, 22/8/1896).

El 14 de agosto la huelga alcanzó a una de las más grandes concentraciones obreras de la ciudad: la enorme Fábrica Argentina de Alpargatas, que empleaba a más de 700 trabajadores. El abandono del trabajo en esta gran fábrica implicaba un salto cualitativo en el desarrollo huelguístico, que excedía ahora al sector más calificado de trabajadores mecánicos y técnicos y se extendía a una de los principales núcleos de empleo de trabajadores no calificados y fundamentalmente de mujeres.⁶ *La Vanguardia* advertía la trascendencia de la intervención de las operarias en la gran huelga: “Ya no son solamente los obreros los que se congregan diariamente para discutir sus intereses, sino también las mujeres, que dicho sea de paso, tienen tanta o más razón que los hombres para reclamar un mejoramiento en las condiciones de trabajo” (LV, 22/8/1896).

En efecto, pronto comenzaron a realizarse reuniones de las obreras alpargateras en huelga: en ellas se observaba, según las crónicas periodísticas, una “timidez” de la mayoría de las operarias, que no se atrevían a subir a la tribuna para dirigirles la palabra a sus compañeras.⁷ Una de las principales activistas, llamada Rosario Diario, tomó finalmente la palabra en la primera asamblea y planteó:

Compañeras: Nadie quiere hablar; yo lo voy a hacer: si los hombres quieren la jornada de 8 horas para instruirse y dedicar más tiempo al cariño de sus hijos, nosotras, las mujeres, las reclamamos para permanecer menos horas alejadas de nuestro hogar y tener más tiempo para remendarnos los vestidos (LV, 22/8/1896).

La generalización de la huelga en distintos gremios no respondía a una decisión tomada centralmente por un organismo coordinador sino que surgía en forma desordenada y tumultuosa, poniendo de manifiesto que el abandono del trabajo por parte de algunos grandes talleres y fábricas actuaba como un factor de impulso a poderosas fuerzas sociales que estaban latentes entre los trabajadores de la ciudad: el reclamo de la jornada de ocho horas, y en muchos casos la abolición del trabajo a destajo, aparecían como el eje que articulaba y unificaba la reivindicación obrera. El 25 de agosto, *La Prensa* señalaba que si bien la huelga no ofrecía grandes novedades entre los ferrocarrileros y los mecánicos, continuaba extendiéndose en otros gremios:

Ayer se declararon en huelga los albañiles, picapedreros y peones de las obras del Puerto Madero, por la causa ya conocida: las ocho horas de trabajo diarias. También la fábrica de papel de Zárate imitó el ejemplo, abandonando más de 300 personas la fábrica: el resto de los obreros, otros 300, se cree que hoy se unirá al grupo en huelga. Otro gremio se declaró en huelga: los hojalateros de la Boca (...) A estos hay que agregar los gremios de

panaderos y zapateros, que a juzgar por las reuniones preparatorias de las que ya dimos cuenta, están para poner en práctica la huelga (*LP*, 25/8/1896).

En algunos casos, la influencia de los huelguistas ferrocarrileros y mecánicos era directa en el estallido de conflictos en otros gremios: en Quilmes, por ejemplo, se celebraban reuniones en el local del centro socialista local entre los huelguistas de los talleres y los de la recientemente fundada cervecería, que resolvieron finalmente presentar una solicitud pidiendo la jornada de 8 horas y un aumento salarial y se declararon en huelga ante la negativa.⁸ En otros casos, la influencia era menos directa: el clima huelguístico era generalizado y surgían conflictos incluso en lugares de trabajo como las compañías telefónicas, donde no existían antecedentes de organizaciones ni activismo previo.

Hacia fines de agosto, por otra parte, comienza a observarse que, en paralelo al núcleo del barrio de Barracas, centrado en torno a los huelguistas mecánicos y ferrocarrileros y con indiscutible hegemonía socialista, surge un nuevo eje de agitación obrera en torno a la lucha del gremio de panaderos, que se habían lanzado a la huelga en reclamo de un aumento salarial de \$15 y el descanso dominical y se vieron acompañados por los trabajadores empleados en el reparto de pan. Como en huelgas anteriores, la sociedad de resistencia de obreros panaderos exigía a los patrones la aceptación de sus condiciones para luego proceder a enviarle cuadrillas de obreros, intentando así quebrar lentamente la resistencia de los empresarios más poderosos que eran quienes podían rechazar el reclamo obrero durante un período más largo. Como ocurría en otras huelgas llevadas adelante por gremios con escaso desarrollo tecnológico y donde el proceso de trabajo estaba todavía completamente en manos de los propios trabajadores, la sociedad de panaderos promovía, para asegurar un ingreso regular a los huelguistas, la fabricación de pan y su venta a bajo costo en el local gremial.

La huelga de los panaderos, un gremio cuyos trabajadores se encontraban dispersos en centenares de locales de toda la ciudad, tenía como centro el gran local del Prado Español, en el barrio de Recoleta, en el cual se concentraban diariamente centenares de trabajadores para seguir las alternativas de la huelga; allí también comenzaron a nuclearse los zapateros que llevaban adelante, con menor éxito, su medida de fuerza. Junto con el barrio de la Boca, donde los militantes anarquistas ejercían una indudable influencia, el Prado Español se convertía, de esta manera, en un foco paralelo —y en buena medida competidor— al núcleo formado en el local de la calle Australia en el barrio de Barracas, eje de las huelgas de ferrocarrileros y mecánicos y con predominio indudable de los militantes socialistas. Según una crónica publicada por *La Nación*,

En el Prado Español—Aquí se está de fiesta todo el día. Los zapateros y panaderos, todos anarquistas, que están en sesión permanente, cuando no suben al tablado a pronunciar discursos, entonan cánticos en que se proclama la revolución social. La oratoria empieza por la mañana y sigue hasta las últimas horas de la tarde; lo que no falta son oradores; hay muchos, descollando los españoles. Los discursos de los que hablan son saludados con vivas a la revolución social, a la libertad, a la anarquía y mueras a los “burgueses”, a las “burguesas”, y a todo lo que no esté en armonía con la doctrina anarquista (*LN*, 29/8/1896).

En los primeros días los panaderos lograron importantes avances: según *La Prensa*, al 30 de agosto “la mitad de las 773 panaderías del municipio” habían aceptado el reclamo de la sociedad. A comienzos de septiembre, de todas formas, comenzaron a hacerse sentir las dificultades ocasionadas por la organización de una resistencia por parte de los empresarios. En la asamblea realizada en el Prado Español el 2 de septiembre, en efecto

Se dio cuenta del número extraordinario de patrones que deshicieron el compromiso que habían firmado, resolviéndose por fin, entre atronadores vivas, que se declarara la huelga general, para recoger el guante que les habían arrojado los patrones, constituyéndose los obreros en comisión para comunicar esta resolución a sus compañeros que están trabajando y que en consecuencia no asistían a las reuniones (LP, 3/9/1896).

Durante el mes de septiembre también se declararon en huelga los trabajadores sastres, que habían logrado reorganizarse en los años previos en torno a una sociedad de resistencia vinculada con la experiencia del periódico *La Unión Gremial*, que nucleaba a los militantes de distintos gremios que se habían enfrentado a los intentos socialistas de hegemonizar la formación de una Federación Obrera pero tampoco adscribían a la línea de los anarquistas de vertiente antiorganizadora que publicaban *El Perseguido*. Bajo el impulso del clima huelguístico general, los sastres comenzaron a “hacer tareas de propaganda” en pro de la huelga y a comienzos del mes de septiembre enviaron una “carta ultimátum” a los patrones en la que reclamaban un aumento del 30% en los salarios, la jornada de ocho horas y los domingos y festivos libres. Ante el rechazo de los empresarios, los sastres resolvieron declararse en huelga a partir del día 8 y formar “comisiones de propaganda” para promover la agitación y la difusión del conflicto en un gremio cuyos trabajadores se repartían en centenares de talleres a lo largo y a lo ancho de la ciudad, con un buen número de trabajadores a domicilio.⁹

La huelga se extendió durante varias semanas: el día 23 se informaba que “los sastres están dispuestos a no cejar un ápice en las mejoras que piden a los patrones” y que desde el día anterior “los importantes talleres de los señores Gath y Chaves”, una de las principales concentraciones de trabajadores textiles en la ciudad, habían aceptado los reclamos obreros (LP, 23/9/1896). Hacia fines del mes, la huelga fue levantada con un compromiso: buena parte de los patrones aceptaron reducir la jornada laboral a nueve horas diarias y conceder un aumento del 10% y la sociedad de resistencia resolvió suspender la medida de fuerza (LP, 28/9/1896). Por esos días, la atención de los periódicos, que dedicaban un gran espacio a la enorme agitación obrera que atravesaba la ciudad, estaba centrada no obstante en la conflictividad que recorría al gremio de los cocheros, que llevaban adelante el último gran estallido huelguístico de esa primavera.

La huelga de los cocheros pone de manifiesto de qué modo el clima de agitación general promovía movimientos huelguísticos incluso en oficios en los cuales jugaban todavía un papel importante los pequeños propietarios y no estaba delimitada completamente una identidad clasista: el punto principal del reclamo que detonó el conflicto, en efecto, no era una demanda salarial o una reducción de jornada sino la protesta contra una disposición policial que los obligaba a reducir la velocidad en las bocacalles, para evitar accidentes, lo cual era rechazado por los cocheros porque los perjudicaba en su labor. Con el correr de los días, sin embargo, y mientras se desarrollaban tareas de propaganda “contra las vejaciones que impone la policía”, fue instalándose también una demanda por el aumento de la tarifa. El 22 de septiembre, finalmente, una gran reunión de cocheros de plaza resolvió por unanimidad declarar la huelga general. Poco después:

Grupos de cocheros, subidos en cualquier carromato, recorrían las avenidas, plazas y calles principales, publicando a gritos la huelga, y excitando a ella a los pocos que aún no se habían enterado de la *buena nueva*. Pocas horas más tarde, no se encontraba en la ciudad un solo carruaje de plaza (LP, 23/9/1896).

En los días siguientes la agitación se incrementó: aunque los cocheros de tramways y los carreros finalmente desistieron de sumarse a la huelga, sí lo hicieron los trabajadores de las caballerizas, lo cual agravó la parálisis del tráfico en la ciudad. Lo más interesante de la huelga de cocheros, de todas formas, es el modo en que a lo largo del conflicto fue procesándose una diferenciación al interior de los propios cocheros en huelga: al reseñar la situación del gremio, el diario *La Prensa* señalaba que podían advertirse tres grupos de diferente extracción social entre los cocheros de plaza: el de los patrones, dueños de flotas coches de alquiler; el de los empleados asalariados de ellos; y uno más numerosos de cocheros que eran propietarios de sus propios coches y caballos. El 25 de septiembre, una asamblea de más de dos mil personas realizada en un corralón de la calle Entre Ríos resolvió destituir a la primera comisión de huelga, que estaba integrada por los propietarios de flotas, y nombrar en su reemplazo a otra, en la cual dominaban los cocheros propietarios de sus propios vehículos: el cambio de comisión estuvo acompañado de un cambio en las reivindicaciones de los huelguistas, que pasaron a concentrarse en los abusos policiales. En los días siguientes, los dueños de flotas de coches intentaron sacar a la calle unos 40 vehículos, lo cual derivó en incidentes y detenciones cuando los huelguistas se enfrentaron con algunos de los peones que intentaban conducirlos. El conflicto se cerró hacia fines de mes, con un relativo avance para los huelguistas: el día 28 de septiembre, *La Prensa* informaba que

Los cocheros, o más bien dicho los pequeños propietarios de vehículos, reanudaron en su mayoría el servicio y hoy los imitará el resto del gremio. La comisión respectiva distribuirá hoy un manifiesto aconsejando al gremio que vuelva al trabajo, en vista de que el motivo fundamental de la huelga —el cruce de las calles al paso— ha sido modificado por la jefatura, recordando de paso que hará todo lo que pueda para que los intereses de los cocheros sean salvaguardados (*LP*, 28/9/1896).

El apogeo y el reflujo. La larga resistencia de los ferrocarrileros y mecánicos

El impacto provocado por la huelga en los principales gremios instaló un clima de agitación y deliberación entre todos los trabajadores de la ciudad, a tal punto que a lo largo de agosto y septiembre las crónicas periodísticas dan cuenta, además de la paralización del trabajo en los oficios que hemos reseñado, de un sinnúmero de tentativas de agitación y organización entre obreros de gremios que no se contaban entre los más movilizados. Hubo estallidos entre los trabajadores de la construcción, que tuvieron escaso éxito por tratarse de un período del año tradicionalmente difícil para los obreros de esa rama, por la baja demanda de brazos. Como señalamos más arriba, hacia fines de agosto llevaron adelante una breve huelga más de cien telefonistas de la sede central y las sedes barriales de la empresa Unión Telefónica, marcando una de las primeras huelgas de trabajadores de ‘cuello blanco’ en la ciudad de Buenos Aires (*LN*, 30/8/1896). En distintos momentos de esos meses de aguda conflictividad, la agitación alcanzó también a los constructores de carros, hojalateros de la Boca, cigarreros de hoja, dependientes de almacén, empleados de tiendas, y otros gremios: en muchos casos no se llegaba a una declaración de huelga, pero era evidente que el clima de movilización generalizado era el puntapié para la organización de los trabajadores, en aquellos oficios en donde no existían aún sociedades ni comisiones de resistencia, y para la elaboración de pliegos de reivindicaciones con demandas salariales y laborales. La agitación alcanzaba a los operarios más jóvenes, en un período donde el trabajo infantil estaba generalizado en la incipiente industria. Según una crónica:

Los infantiles operarios de la fábrica de galletitas Bagley, resolvieron ayer anunciar su huelga al Sr. Trillo, gerente y administrador de esa industria. Dicho señor les ofreció rebajar a 10 las 11 horas diarias de trabajo, pero los diminutos fabricantes de Lolas quieren las ocho horas, nada más, y la huelga se produjo (LN, 30/8/1896).

El movimiento ascendente de la movilización obrera se mantuvo durante todo el mes de agosto y en los primeros días de septiembre: hacia mediados de ese mes, sin embargo, ya podía notarse que el punto más alto de la conflictividad había pasado, en tanto varios gremios habían dado por terminados sus conflictos y ya no aparecían, salvo casos excepcionales, nuevos contingentes de trabajadores que se sumaran a la huelga. El 4 de septiembre concluyó la huelga de las alpargateras de la Fábrica Argentina, con el regreso al trabajo de las últimas trabajadoras que se mantenían en conflicto. Un día antes los periódicos informaban que los zapateros habían “fracasado en su tentativa de huelga”, debido a que “eran pocos y deseando distribuirlos en tantos grupos cuantos talleres hay en la ciudad, resultó que al décimo se había concluido el repuesto”. Un impacto mayor tuvo, de todas formas, el cierre de la huelga de los panaderos, que como vimos se había convertido en una de las más masivas de la ciudad: el 9 de septiembre se realizó una asamblea del gremio en la cual “parte de la comisión de la Sociedad Obreros Panaderos, que no se había mostrado nunca entusiasta por la huelga, resolvió acordar de sus fondos un subsidio a los huelguistas, consistente en 100 kilos de pan y \$20 de queso” y dio por terminado el conflicto. Según la crónica, las palabras de la comisión directiva, “produjeron el efecto de una bomba, y fue la señal de retirada de la concurrencia, completamente desalentada” (LP, 4, 5 y 10/9/1896).

El impacto negativo del cierre de la huelga de los panaderos no se limitó a los trabajadores de ese gremio sino que afectó al conjunto del movimiento. El 14 de septiembre el cronista de *La Prensa* señalaba que

El desenlace de la huelga de los panaderos arrastró en su caída a los descontentos de otros gremios, sin organización y solo animados por el entusiasmo efímero que le infunden los eternos descontentos y enemigos de todo lo que represente sociabilidad, gobierno, autoridad (LP, 14/9/1896).

Hacia la segunda mitad del mes de septiembre, en cualquier caso, la retracción del movimiento huelguístico era evidente: poco a poco comenzaron a volver al trabajo los diferentes gremios que se habían declarado en huelga: la lucha volvió a quedar concentrada en los trabajadores de los talleres mecánicos y ferrocarrileros, que habían dado inicio al conflicto y se mantendrían en esa posición por más de un mes.

La intención de los trabajadores de los talleres ferrocarrileros había sido, desde un primer momento, lograr la paralización del tráfico ferroviario. La empresa consiguió evitarlo en primer término apelando a la intervención de bomberos para reemplazar a los huelguistas en las tareas más urgentes:

Lo que más ha podido entorpecer la marcha de los trenes en la estación de Sola es la falta de cargadores de carbón, porque los operarios encargados de proveer de combustible a las 40 locomotoras que diariamente van a recibirlo, se levantaron secundando la actitud de sus camaradas, pero este trabajo ha quedado regularizado encargándose de esa tarea parte de la compañía de bomberos que presta guardia en los talleres (LN, 14/8/1896).

El punto crítico que impidió que la huelga llevara a una interrupción de las líneas ferroviarias, no obstante, se produjo cuando los huelguistas no lograron sumar a los

maquinistas y foguistas del ferrocarril a la medida de fuerza. Desde los primeros días de la huelga, en efecto, los trabajadores de los talleres depositaron una gran expectativa en la participación de los conductores de trenes, y enviaron con ese objeto diversas comisiones a entrevistarse con los maquinistas, agrupados desde 1887 en La Fraternidad. La respuesta de estos últimos, sin embargo, fue cauta: enviaron su “adhesión” a los huelguistas y presentaron su propio pliego a las empresas ferrocarrileras, pero negándose a sumarse a la huelga (*LN*, 16/8/1896). Si bien las fuentes dan cuenta de debates e inquietudes al interior del propio gremio de maquinistas —los de Bahía Blanca, por ejemplo, llegaron a declararse en huelga— finalmente triunfó la postura de no intervenir en el conflicto: se realizaron varias reuniones privadas entre La Fraternidad y los gerentes de las empresas ferrocarrileras, a las cuales no se permitió acceder a los delegados de los talleres ni a los periodistas, y finalmente se anunció que luego de obtener algunas mejoras en términos de reducción de jornada, los maquinistas no tomarían ninguna medida de fuerza. En las asambleas de mecánicos y obreros de los talleres se recibió la decisión con malestar y “se habló de la poca confraternidad de los maquinistas”; en cualquier caso la decisión de La Fraternidad cerraba la posibilidad de una huelga masiva que paralizara los ferrocarriles y permitiera una resolución rápida del conflicto y obligaba a los huelguistas de los talleres a emprender una larga resistencia contra las empresas ferroviarias.

Hacia fines de septiembre los mecánicos y los ferrocarrileros eran prácticamente los únicos contingentes obreros que continuaban en conflicto: se trataba de todas formas de varios miles de trabajadores, que trabajaban en algunas de las principales concentraciones obreras de la ciudad y en algunas del interior. El foco del conflicto seguía siendo el local “de la calle Australia” en Barracas, donde se reunían periódicamente los huelguistas ferrocarrileros y dirigentes socialistas, y los locales que tenía la sociedad de herreros, mecánicos y anexos en distintos puntos de la ciudad, donde se reunían los trabajadores de los talleres y empresas metalúrgicas de los diferentes barrios. Debido a la extensión del conflicto, y a la importancia de las industrias afectadas, no tardaron en ponerse en marcha diferentes intentos de organización por parte de los empresarios metalúrgicos afectados por la huelga: en los primeros días de octubre, una de dichas reuniones “resolvió enviar otra nota al jefe de policía (...) en ella se pedía más rigor con los huelguistas, en vista de que los atropellos que cometen no son castigados (*LP*, 7/10/1896).

Los empresarios comenzaron a armar listas de los trabajadores que caracterizaban como “cabecillas” e impulsores del movimiento en sus respectivos talleres, para asegurarse de que ningún otro industrial los contratase, y discutieron lanzar un sistema de “libretas” que cada operario debería poseer para poder ser aceptado en cualquier empresa. La propia Unión Industrial Argentina, al interior de la cual los patrones metalúrgicos tenían un peso muy destacado, se colocó a la cabeza de las iniciativas patronales contra los obreros en lucha. A fines de octubre, el consejo de administración de la asociación patronal fundada en 1887 resolvió, por ejemplo, invitar a los empresarios de las diferentes ramas industriales a nombrar “delegados con plenos poderes”, para que constituidos en un congreso sancionaran “las disposiciones que crean convenientes para evitar las huelgas en la República Argentina”. Para la UIA, la unidad de acción de los empresarios era fundamental para enfrentar a los trabajadores que se declaraban en huelga y contaban con organizaciones que no existían algunos años antes:

En el momento actual, las asociaciones de obreros pesan caprichosamente sobre muchos de sus miembros que no están disconformes con los jornales y las horas de trabajo de cada oficio, pero que no pueden resistirse porque no encuentran punto de apoyo. (*BUJA*, 1/11/1896).

Con el correr de los días y ante la continuidad de la resistencia obrera, de todas formas, los empresarios resolvieron apelar directamente al poder ejecutivo para obtener un respaldo a sus reclamos por parte del gobierno de Uriburu: el 14 de octubre una comisión de la Unión Industrial Argentina, conformada por algunos de los principales empresarios del país como J. Martínez Campos, Huergo, J. Videla y M. Chueco, se entrevistaron con el ministro del interior, doctor Quirno Costa, “exponiendo los perjuicios que causaba a la industria metalúrgica la huelga general actual, agregando que los elementos de la huelga eran en su mayor parte extranjeros”. El ministro llamó a su despacho al jefe de policía y le dio “las órdenes del caso, a fin de que se subsanen estas dificultades”, pero fue incluso más allá y les hizo saber a los delegados de la UIA que

Entre un grupo de senadores y diputados había el propósito de presentar un proyecto de ley para el año venidero, con el fin de impedir cierta inmigración de elemento perjudicial para el desarrollo de las industrias (*LP*, 15/10/1896).

Poco más tarde, Quirno Costa recibió también a una delegación de trabajadores, que rechazaron las acusaciones de los empresarios y denunciaron que los industriales se habían negado, desde el inicio del conflicto, a celebrar conferencias y negociaciones con los obreros. Luego de estas primeras entrevistas, el gobierno anunció que daría curso a una mediación organizada por el jefe de policía, en términos similares a lo que se había propuesto durante la huelga de la construcción de dos años antes: la convocatoria a las reuniones de negociación, sin embargo, comenzaron a dilatarse, provocando inquietud entre los huelguistas que veían con preocupación la extensión de una huelga que ya llevaba más de dos meses. El 22 de octubre, por ejemplo, cuando ya había pasado una semana del anuncio de una mediación, el diario *La Prensa* informaba que “las gestiones del jefe de policía al respecto se han concretado hasta ahora a simples consultas con miembros caracterizados de la Unión Industrial Argentina, los que prometieron ocuparse del asunto” (*LP*, 22/10/1896). Pocos días más tarde se leía que “el clima está enardeciéndose en las asambleas de Australia, ante la falta de respuesta de los patrones”, mientras se multiplicaban las denuncias de abusos policiales y detenciones a trabajadores que intentaban, con menos éxito que al inicio del conflicto, evitar que otros obreros concurrieran a los talleres.

Lo cierto es que, a casi tres meses de iniciada la huelga, la resistencia de los trabajadores estaba muy debilitada: las empresas aprovecharían la promesa de una mediación policial y de una eventual negociación para terminar de desarticular la resistencia obrera. A comienzos de noviembre, por ejemplo, el ferrocarril del Sud aceptó realizar una conferencia con algunos de los delegados huelguistas, en la que les anunció que se habían contratado en Europa a unos 300 mecánicos y ajustadores y que en consecuencia no podrían volver a trabajar sino un total de 500 obreros, del total de 900 que lo hacían antes del conflicto: respecto a las demandas que habían motivado la huelga, se limitó a señalar que el personal debía regresar al trabajo y nombrar una comisión que las formulara en forma “razonable y encerrada dentro de las instrucciones que tenía de la empresa”. La respuesta obrera fue un lógico rechazo y una confirmación de la huelga, pero la situación estaba entrando en una etapa crítica: por esos días la prensa anunciaba

que en los talleres de Campana ya habían retornado al trabajo más de cuatrocientos obreros “y que no se admiten más porque no se precisan” (LP, 5/11/1896).

Algunos días más tarde se celebró una nueva entrevista, donde el gerente del ferrocarril del Sud informó que podría aceptar a unos 640 trabajadores, con una reducción de jornada a nueve horas, pero que no había posibilidades de reincorporar a todos los huelguistas. Las sucesivas reuniones provocaban un factor desmoralizante entre los huelguistas, algunos de los cuales expresaron en asamblea el propósito de “romper definitivamente estas entrevistas por considerarlas depresivas para su causa”. En efecto, en la cuarta de las reuniones realizadas “se puso en evidencia que Mr. Barrow no tiene por ahora inclinación a conceder siquiera alguna mejora de las tantas que piden los que trabajaban en los talleres de Sola”, con lo cual las “negociaciones” quedaron suspendidas (LP, 11/11/1896). Al día siguiente los trabajadores de los talleres de Tolosa, iniciadores del movimiento, resolvían volver al trabajo en número de casi medio centenar, ante la inminente llegada de los trabajadores contratados por la empresa en Europa. Pocos días más tarde, el gerente del ferrocarril del Sud anunciaba que el día lunes “tocaría el pito normalmente” para que los trabajadores “que quieran presentarse normalmente con el viejo horario lo hagan” (LP, 12/1896). La “huelga grande” había terminado.

Conclusión

Hacia la segunda mitad de la década de 1880 la ciudad de Buenos Aires ya había sufrido un proceso de profundas transformaciones demográficas, económicas y sociales que habían convertido a centenares de miles de inmigrantes en trabajadores asalariados, obligados a vender su fuerza de trabajo ante la imposibilidad de acceder a la pequeña propiedad agraria. Si a comienzos de la década de 1870 el enviado de la AIT en Buenos Aires todavía estaba en condiciones de escribirle a Karl Marx que su trabajo de agitación se veía frustrado porque en el país “existen demasiadas oportunidades de convertirse en pequeño patrón”, quince años más tarde la situación había cambiado sustantivamente. El proceso de formación de la clase obrera, sin embargo, no puede analizarse atendiendo únicamente a las condiciones “estructurales” sino que debe ponerse en relación con el modo en que dichas condiciones *fueron interpretadas por los propios trabajadores* y dieron forma a procesos de movilización para enfrentarlas. Tal como señalaba Edward Thompson, el estudio del proceso de formación de la clase obrera no puede limitarse a un estudio de las transformaciones económicas y sociales impuestas por el desarrollo capitalista, sino que debe advertir el proceso concreto de experiencias y luchas comunes de los trabajadores:

La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza externa —la “Revolución industrial”— que opera sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente en una “nueva estirpe de seres”(…) La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros (1989: 203-204).

Creemos que estos señalamientos metodológicos son válidos para un estudio de la formación de la clase obrera porteña. En efecto, si hacia 1887 los datos del Censo Municipal de Buenos Aires ponían de manifiesto que centenares de miles de los habitantes de la ciudad no tenían otra alternativa que vender su fuerza de trabajo al capital para asegurar su supervivencia, prácticamente no existían aún sociedades u organizaciones obreras, y las huelgas eran casi desconocidas en el país. Apenas nueve

años más tarde, sin embargo, la situación había cambiado radicalmente: decenas de sociedades de resistencia, que incluso habían dado lugar a varios intentos de unificación en federaciones obreras, varios periódicos, agrupamientos políticos de trabajadores y una experiencia de numerosas huelgas ponía de manifiesto que la clase trabajadora era ya un actor irremplazable en la escena del país. En ese lapso de una década, a través de un proceso de movilización y lucha, la naciente clase obrera de Buenos Aires recorrió una experiencia colectiva en la cual delimitó sus intereses comunes y solidificó una identidad de clase. La mayor crisis económica hasta entonces experimentada en el país, que explotó en 1890 pero cuyo impacto se sintió desde los años previos y cuyas consecuencias se hicieron sentir durante casi un lustro, fue un factor de estímulo en este proceso.

El agudo proceso de movilización huelguística que atravesó a la ciudad de Buenos Aires en los años 1888 y 1889 fue un primer hito en este proceso de consolidación de una identidad obrera: la agitación recorrió a los más importantes gremios de la ciudad y al calor de las luchas se fueron conformando “comisiones” y sociedades obreras que contribuyeron a delimitar una identidad de oficio y de clase entre los trabajadores en huelga. La acción de militantes socialistas y anarquistas coadyuvó a reforzar ese proceso y al mismo tiempo esa agitación impactó en los primeros núcleos organizados de ambas corrientes, que hacia 1890 impulsaron las primeras manifestaciones públicas y la edición de las primeras publicaciones políticas en español de carácter permanente. Desde comienzos de 1890 la agitación obrera entró en un reflujo marcado por el impacto de la crisis económica y sus secuelas de desocupación y emigración, durante el cual, sin embargo, continuó un proceso molecular de organización de sociedades obreras en distintos gremios. El período 1891-1892 estuvo marcado por un retroceso relativo de la influencia socialista y un crecimiento en la importancia de los grupos anarquistas ‘anti-organizadores’, nucleados en torno al periódico *El Perseguido*: la acción conjunta de socialistas y anarquistas que tuvo lugar durante 1888 y 1889 se vio entonces fuertemente limitada por el predominio que comenzaron a ganar los anarquistas individualistas.

Luego del reflujo impuesto por las duras condiciones económicas de 1890-1893, hacia mediados de la década se relanzó con fuerza la actividad huelguística y organizativa de los trabajadores de Buenos Aires, con particular énfasis en la reivindicación de reducción de la jornada laboral: fue particularmente importante el impacto de una masiva huelga de trabajadores de la construcción que tuvo varios episodios en enero, abril y agosto de 1894. En este nuevo cuadro se produjo una retracción del grupo anarquista anti-organizador y un desarrollo importante tanto de los incipientes núcleos socialistas que se unificarían en un nuevo partido como de diversos grupos de orientación ácrata pero partidarios de la organización gremial. Es en este contexto que debemos ubicar al gran estallido huelguístico de la primavera de 1896: la “huelga grande” marcó un jalón decisivo en el proceso de conformación de la clase obrera argentina.

La huelga de 1896 se destaca en primer lugar por la amplitud de los contingentes obreros que participaron en ella: precedida por un conflicto de los tipógrafos, se sumaron luego los trabajadores mecánicos y ferrocarrileros pero también otros oficios que cubrían prácticamente todo el espectro de las ocupaciones de los trabajadores en la Buenos Aires de entonces: sastres, cocheros, panaderos, zapateros, albañiles, alpargateras, telefonistas, constructores de carros, dependientes de comercio, etc. Si en algunos casos era evidente que el estallido de una nueva huelga tenía que ver con vínculos preexistentes entre trabajadores de unos y otros oficios, tanto porque compartían

experiencias laborales o por la existencia de relaciones políticas o gremiales entre sus militantes, en muchos otros casos lo que se observa es un clima generalizado de agitación huelguística que conmovió a masas de trabajadores antes poco organizados, promoviendo una suerte de “efecto contagio” que en las primeras semanas de septiembre electrizó a la ciudad y sembró preocupación en la “opinión pública” porteña. Aunque las distintas huelgas no fueron convocadas en forma coordinada por una organización conjunta de todos los trabajadores —tal como ocurriría pocos años más tarde— existía en los hechos un factor que unificaba a todos los reclamos y era la demanda de reducción de la jornada laboral, en muchos casos directamente a ocho horas, y la abolición del trabajo por pieza. En este sentido, más allá del resultado particular que pudo haber obtenido cada uno de los conflictos en términos reivindicativos, la huelga jugó un papel decisivo en el proceso de conformación de una conciencia de clase de los trabajadores de la ciudad, y hasta cierto punto del país. Si las primeras movilizaciones huelguísticas de fines de la década de 1880 habían contribuido a fortalecer una conciencia “de oficio” entre trabajadores que comenzaban a agruparse en sociedades “cosmopolitas” según la tarea que realizaban en el lugar de trabajo y no de acuerdo a su nacionalidad, la huelga de 1896 coronó un proceso iniciado en 1894-1895 a través del cual los trabajadores de diferentes oficios comenzaron a consolidar sus lazos comunes y su identidad como “trabajadores”.

Un segundo elemento a destacar tiene que ver con el núcleo decisivo del conflicto, constituido por los trabajadores de los talleres ferrocarrileros de las diferentes empresas y luego de los establecimientos mecánicos y metalúrgicos de distintas firmas privadas. Si bien a poco de iniciada la huelga los mecánicos comenzaron a realizar reuniones propias en sus locales, ubicados en el centro y en el barrio de Once, hasta el final del conflicto en el mes de noviembre actuaron en forma conjunta con los huelguistas ferrocarrileros que se reunían periódicamente en el local de la calle Australia. La coordinación que mostraron los trabajadores de los talleres ferrocarrileros y mecánicos es uno de los fenómenos más significativos de la huelga de 1896: tal como fue puesto de manifiesto por Nicolás Iñigo Carrera (2004), muestra una acción conjunta de todos los trabajadores de una rama de producción, más allá de las diferencias por oficio que existían en establecimientos que nucleaban a herreros, mecánicos, carpinteros, pintores, ajustadores, peones, etc. En esta acción común jugó un papel la experiencia previa que habían desarrollado estos trabajadores y la acción de los militantes del Partido Socialista, que tenían una fuerte influencia sobre los obreros de varios talleres ferrocarrileros y dirigían la sociedad de resistencia de herreros y mecánicos. Los trabajadores mecánicos y ferrocarrileros enfrentaron en su lucha a los principales industriales del país, fuertemente vinculados con las empresas extranjeras propietarias de los ferrocarriles, que formaban por otra parte el núcleo dirigente de la Unión Industrial Argentina. La huelga de 1896 golpeó en este sentido a un sector muy poderoso de la burguesía nacional, que no dudó en ir a fondo en su política anti obrera, reclamando y obteniendo la intervención represiva del estado, movilizándolo a centenares de trabajadores desde Europa para reemplazar a los huelguistas e incluso prefigurando una serie de “proyectos” de leyes que promovieran la expulsión de “cabecillas extranjeros”, que poco después se plasmarían en la sanción de la Ley de Residencia.

El mencionado papel dirigente jugado por los militantes socialistas plantea, creemos, un tercer aspecto que resulta importante analizar a la hora de evaluar las consecuencias de la “huelga grande”, a propósito del cual queremos presentar aquí algunas reflexiones provisionales que serán profundizadas en futuros trabajos. En primer lugar porque permite

poner en cuestión la idea de un Partido Socialista fuertemente desvinculado del movimiento huelguístico y de la clase trabajadora: si en una etapa histórica posterior puede afirmarse que el PS tenía un mayor anclaje en sectores medios e intelectuales, no hay que perder de vista que se trata en todo caso de un proceso que hay que periodizar, sin soslayar que en sus orígenes el socialismo argentino tuvo una fuerte inserción en los núcleos más activos del movimiento obrero. En segundo lugar, porque se plantea el problema de analizar qué postura tomó el Partido Socialista respecto a un conflicto que se desarrolló en pleno proceso de formación de esa corriente política.

La “huelga grande”, en efecto, estalló poco después de que los socialistas realizaran su primer congreso, a fines de junio de 1896. Dicho congreso, como ha analizado Ricardo Falcón (1979), estuvo marcado por un fuerte debate político en torno a un conjunto de problemas referidos a cuestiones de orden táctico y estratégico, y en el cual Juan B. Justo vio derrotadas varias de sus iniciativas y decidió no formar parte del nuevo Comité Ejecutivo. Si ampliamos la mirada más allá del congreso constituyente en sí mismo, observamos que puede enriquecerse el análisis de Falcón en el sentido de advertir que una compleja lucha entre distintas tendencias y orientaciones políticas estaba en desarrollo en el naciente socialismo argentino en todo el período que se extiende desde 1893, con el surgimiento de la Agrupación Socialista, hasta fines del siglo, cuando se consolidaría en forma indiscutida el liderazgo de Justo. Dicha lucha política —que sería un error reducir a un simple enfrentamiento entre “marxistas” y “reformistas”, como ha hecho José Ratzler (1970)— mostraba múltiples aristas y los alineamientos entre distintos grupos no se reproducían en forma similar en torno a las diferentes cuestiones en discusión.

Lo que interesa destacar aquí, en cualquier caso, es que la huelga de 1896 tuvo lugar cuando estas discusiones estaban en pleno desarrollo: el propio conflicto fue un factor de profundización de los debates al interior del socialismo argentino.¹⁰ Al momento de estallar la huelga, el Partido en su conjunto estaba atravesando una etapa de transición después de un congreso que había sido testigo de las dificultades del grupo justista para imponer sus planteos: estaban en pleno desarrollo, además, una serie de conflictos entre los militantes socialistas de la zona sur de la ciudad y el grupo redactor del periódico del partido. El propio transcurso de la huelga vio como se procesaba, de manera velada, esta tensión al interior de las filas socialistas: mientras la militancia del local de Barracas, de extracción fuertemente obrera e inserción en los gremios de trabajadores ferrocarrileros y mecánicos, estaba jugando un papel de primera línea en la huelga, la dirección del partido y el comité de redacción de *La Vanguardia* veían con preocupación la profundización de la medida de fuerza e intentaban dejar sentado que el de la huelga era un medio de lucha “primitivo” del cual no podían esperarse grandes progresos.¹¹ Tan importante como destacar la existencia de esta tensión interna, de todas maneras, es señalar que la misma no llegó a estallar de un modo abierto durante el propio desarrollo del conflicto: esto llevó, por ejemplo, a que la propia comisión de huelga de la calle Australia declarara su oposición a cualquier perspectiva de convertir el conflicto en una huelga general de todos los gremios. Uno de los puntos más decisivos en este sentido fue la firmeza con la cual la sociedad de trabajadores en madera, dirigida por los socialistas, se opuso en el momento más álgido del conflicto a declararse en huelga, con la intención de evitar una generalización de los conflictos en todos los gremios (*LV*, 12/9/1896). Creemos que la investigación sobre los orígenes del socialismo argentino se verá enriquecida si se profundiza en el análisis sobre las consecuencias que tuvo la gran huelga de 1896 en el desarrollo ulterior de este movimiento político: en principio consideramos que el conflicto —y en particular el hecho de que se cerró con una derrota— reforzó las tendencias

contrarias a la huelga que existían en el núcleo dirigente del socialismo y que se harían hegemónicas en un período posterior.

Periódicos citados

BUIA. *Boletín de la Unión Industrial Argentina*

ET. *El Tiempo*

LP. *La Prensa*

LN. *La Nación*

LUG. *La Unión Gremial*

LV. *La Vanguardia*

Referencias

Alsina, Juan A. (1895) *La inmigración europea en la República Argentina*. Buenos Aires: Imprenta Calle México 1422

Cortés Conde, Roberto (1979) *El progreso argentino*. Buenos Aires: Sudamericana.

Falcón, Ricardo (1979) Luchas de tendencias en los primeros congresos del Partido Socialista Obrero Argentino. 1896-1900. *Apuntes para la historia del movimiento obrero y antiimperialista latinoamericano*, año 1, número 1.

Falcón, Ricardo (1986) *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*. Buenos Aires: CEAL.

Gutiérrez, Leandro (1981) Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914. *Revista de Indias*, vol. X-LI, n. 163-64.

Iñigo Carrera, Nicolás (2004) *La estrategia de la clase obrera. 1936*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.

Panettieri, José (1967) *Los trabajadores*. Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez.

Patroni, Adrián (1898) *Los trabajadores en Argentina*. Buenos Aires (hay reedición del CEAL)

Pianetto, Ofelia, (1984), Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922. *Desarrollo Económico*, Vol. 24, No. 94 (julio-septiembre).

Poy, Lucas (2010a) Tu quooque trabajador? Agitación obrera en Buenos Aires (1888-1889). *Documentos de Jóvenes Investigadores*, N° 18, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

Poy, Lucas (2010b) Los trabajadores urbanos ante la crisis económica y política. Una periodización de la agitación obrera en Buenos Aires (1887-1893). En IX Jornadas Nacionales-VI Internacionales del Grupo Hacer la Historia, Bahía Blanca.

Poy, Lucas (2011) Las primeras huelgas de la construcción y los inicios de la lucha por la reducción de la jornada laboral en Buenos Aires (1893-1895). En 10º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo "Pensar un mejor trabajo. Acuerdos, controversias y propuestas".

Ratzer, José (1970) *Los marxistas argentinos del 90*. Córdoba: Pasado y Presente.

Rocchi, Fernando (2006) *Chimneys in the Desert: Industrialization in Argentina during the Export Boom Years, 1870–1930*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.

Sábato, Hilda y Luis Alberto Romero (1992) *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado (1850-1880)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Suriano, Juan (2009) ¿Cuál es hoy la historia de los trabajadores en la Argentina? *Revista Mundos do Trabalho*, vol.1, n. 1.

Tarcus, Horacio, dir., (2007) *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires, Emecé.

Thompson, Eric P. (1989) *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832*. Barcelona: Crítica.

NOTAS

¹ Para un análisis más amplio de las características del mercado de trabajo en el período ver, entre otros: Patroni (1898), Panettieri (1967), Cortés Conde (1979), Gutiérrez (1981), Pianetto (1984), Falcón (1986), Sábato y Romero (1990), Rocchi (2006). Un balance historiográfico reciente en Suriano (2009).

² En *La Vanguardia* del 18 de julio se publicaba el "manifiesto" de la flamante sociedad "Unión Artes Gráficas", el cual informaba de "la asamblea efectuada el 8 de julio en el Vorwärts, en la cual se ha

deliberado la separación del Fomento Tipográfico y la constitución de una sociedad de resistencia, denominada Unión Artes Gráficas”.

³ Los trabajadores de Sola eran considerados incluso un “ejemplo” para otras sociedades gremiales. En el contexto de una retracción de su actividad, por ejemplo, el periódico *La Unión Gremial* les reprochaba su pasividad y recordaba su tradición combativa: “Obreros de Sola: Ya es tiempo que dejéis esa gran indiferencia que tenéis para con vuestros compañeros. Ya es tiempo que os unáis; vosotros no sois los compañeros de las huelgas pasadas; porque si fuerais, seríais los primeros en emanciparos. Cuando estabais en mejor situación hacíais las huelgas, y hoy que os encontráis más mal que nunca, os mostráis indiferentes en todo.” (*LUG*, 20/6/1895).

⁴ El diario *La Nación* informaba algunos meses antes, en ocasión de las actividades realizadas por los socialistas el 1º de Mayo: “En Tolosa, la sociedad de obreros de la localidad, festeja el día de hoy con una conferencia que se realizará en el local de la calle 1 entre 35 y 36. En representación de los socialistas de la Capital, irán Adrián Patroni y José Ingegnieros, secretario el último del Centro socialista universitario.” *LN*, 1/5/1896)

⁵ *La Nación* informaba que la agitación obrera en los talleres de Sola ya estaba en pleno desarrollo cuando se conocieron las noticias de la huelga de Tolosa: “Hace un mes, poco más o menos, los operarios que trabajan en los grandes talleres que la empresa del ferrocarril del Sur tiene establecidos en la estación Sola, dirigieron una nota al gerente de la compañía (...) No estalló en esos momentos porque los que tenían encargo de sondear el ánimo de sus camaradas notaron que no todos estaban dispuestos a secundar el movimiento, pero quedó aplazado para mejor oportunidad” (*LN*, 13/8/1896).

⁶ *La Nación* informaba que “casi todas las obreras de la fábrica de alpargatas son italianas y allí trabajan niñas de corta edad y mujeres sexagenarias” (*LN*, 16/8/1896.)

⁷ La asamblea se realizó en un local del barrio de la calle Olavarría. Según *La Nación*: “el espacioso patio se hallaba animado por la presencia y la charla de la mitad de las muchachas que trabajan en la fábrica de alpargatas. La asamblea iba a empezar. Había necesidad de buscar a una que hiciera de presidenta, pero todas tenían vergüenza de aceptar el cargo, abochornadas por la presencia de los hombres que, unos como huelguistas del mismo establecimiento, y otros de curiosos, se habían introducido para presenciar la asamblea.” (*LN*, 19/8/1896).

⁸ “Hicieron uso de la palabra los conocidos agitadores A. Manresa Herrero y José Ingegnieros, estimulando a los huelguistas a sostenerse en la actitud asumida” (*LN*, 30/8/1896.) Poco después también se declararon en huelga los trabajadores de la cervecería Bieckert, ubicada en la capital.

⁹ El impacto de la huelga de los sastres promovió incluso una agitación entre las trabajadoras que constituían la masa de la población obrera en la industria textil de la ciudad: las miles de costureras que laboraban en talleres y en sus domicilios, que realizaron una serie de reuniones para “organizarse en comisiones y tratar de si harán causa común con los sastres” (*LP*, 16/9/1896.)

¹⁰ A comienzos de ese mismo año se había producido un conflicto entre el núcleo dirigente del partido y el centro socialista del barrio de Barracas en torno al método para la elección de los candidatos socialistas a las elecciones de diputados realizadas en el mes de febrero: tal como ha señalado Falcón, detrás de la decisión de permitir solamente el voto de los militantes con ciudadanía argentino se escondía una maniobra contra los militantes de origen obrero, de origen mayoritariamente inmigrantes, que se concentraban en el local del barrio de Barracas. Las divergencias entre los militantes de este centro y la dirección del partido también se pueden rastrear en el proceso de elección de delegados al congreso constituyente, para el cual—según consta en registros publicados por *La Vanguardia*—la votación de los militantes de Barracas fue sustancialmente distinta a la realizada por los dirigentes del Centro Socialista Obrero o de los locales del centro de la ciudad.

¹¹ Las editoriales en este sentido comenzaron a publicarse a poco de iniciada la huelga y se hicieron mucho más sistemáticas hacia el final del conflicto, cuando se ponía en evidencia que los huelguistas se acercaban a una derrota. Ver, por ejemplo, “Huelgas y lucha de clases. La acción política”, *La Vanguardia*, año III, núm. 37, 12/9/1896; “La acción obrera” (extractos de una conferencia de Juan B. Justo en un centro socialista de Tigre, *La Vanguardia*, año III, núm. 40, 3/10/1896; “La huelga de los ferrocarrileros”, *La Vanguardia*, año III, núm. 42, 17/10/1896.